

Las fosas de la memoria

Camposanto

MARCELA VILLEGAS GÓMEZ

Sílaba, Pontificia Universidad Javeriana, Medellín, 2018, 132 pp.

ESTA NOVELA, más que breve, discretamente contenida, ingresa al doloroso acervo de la literatura de ficción y no ficción sobre las víctimas de la violencia en Colombia a las que, además de la vida, se les arrebató el derecho a un entierro digno. Entre *Los escogidos* de Patricia Nieto (2012) y *La sombra de Orión* de Pablo Montoya (2021), por mencionar solo dos, se ubica este relato en que el alzhéimer de Elena, madre de Amalia, la protagonista, sirve de contrapunto a su trabajo como antropóloga forense dedicada a restituir la identidad de los cuerpos que llegan a sus manos ya en los huesos.

Tras el diagnóstico del neurólogo, que da inicio a la historia, se presenta un escalamiento de la enfermedad que quebrantará la fortaleza de la hija única, no menos dolida con la tragedia de los familiares de las víctimas que esperan el resultado de las exhumaciones a campo abierto o se acercan a reclamar los restos de sus seres queridos. Así expresa la protagonista el paralelo entre las situaciones:

Hoy, que estoy enterrando su independencia, siento que he parido una hija vieja que me entrega no una enfermera sino el neurólogo. Y he de cuidarla y no verla crecer, sino encogerse y diluirse. No hay nada singular en mi duelo. Los parientes de estos muertos perdidos también han hecho el suyo a punta de resignaciones parciales mucho más terribles. Ellos paren un muerto y reciben los huesos y los acunan. (pp. 16-17)

Esa convivencia con la pérdida dentro y fuera de su casa se vierte narrativamente en diálogos, en recuerdos, en los monólogos lúcidos y desesperados de Amalia, siempre matizados por la ironía, huyendo de la autocompasión. Aunque la mayor audacia narrativa de la autora consiste en darle voz a Elena, la mujer inteligente que mantuvo el control de su vida y sus emociones, en una especie de corriente de conciencia cuando ya está

bordeando la inconsciencia. Un gesto afectuoso de la hija hacia la madre, que resulta todavía más conmovedor cuando se sabe, por las entrevistas que le hicieron a Villegas, que ella lo vivió en carne propia con su mamá.

Esta ópera prima madurada en la entraña, que la autora concluyó en la maestría de escrituras creativas de la Universidad Nacional, fue merecedora del primer puesto en el Premio Nacional de Novela Corta otorgado por la Universidad Javeriana en 2016. En ella se prefigura un universo sensible y atento a la circunstancia personal, pero también a la colectiva, de un país donde miles de víctimas claman justicia a metros de profundidad, mientras sus familias se enfrentan en la mayoría de los casos a la indolencia del Estado. Igualmente rinde homenaje a quienes, como la protagonista, dedican su vida a devolver la dignidad a los muertos; por ello en los agradecimientos figuran las tres antropólogas forenses que le ofrecieron a Marcela Villegas sus testimonios para encarnarlos en Amalia. Así lo hizo con anterioridad Patricia Nieto, en la mencionada crónica *Los escogidos*, con la antropóloga que recuenta y repasa delicadamente los huesos antes de ubicarlos en el esqueleto. El mismo ritual ordenado y silencioso de Amalia en la soledad de su laboratorio, que el lector atestigua como mosca en la pared:

Manipular los huesos me calma, cada cosa en su lugar, reconocible, taxonómicamente confiable. Las excavaciones siempre se organizan, se demarcan. Siguen un protocolo, algunos dirían que científico. Yo creo que las formalidades de la excavación no solo preservan la integridad de la evidencia, sino que nos anclan al mundo. Cada fosa es un vórtice del que se extraen datos. (p. 30)

“De nuevo la peste del olvido”, escribió Guido Tamayo en la contraportada de *Camposanto*. Y queda claro que la autora abreva del Macondo de García Márquez con las pilas de muertos de la masacre de las bananeras, despachados en vagones de tren sin rumbo conocido, y la pérdida inexorable de la memoria del patriarca Aureliano Buendía. En esa misma cadena genética, este pequeño libro se emparenta con *El ladrón de recuerdos. Viaje por río a través de Colombia*, la gran crónica que publicó el

hispanista inglés Michael Jacobs en 2012, dos años antes de morir. También con doble plano narrativo relata su aventura por el río Magdalena, que ofrece obstáculos de todo tipo a los navegantes, al tiempo que se adentra en la historia familiar y en las enfermedades mentales de sus padres: alzhéimer y demencia senil. Una honda reflexión sobre el olvido que nació del encuentro del escritor en Barranquilla con un Gabriel García Márquez ya instalado en las brumas de su enfermedad.

Aparte de sus cualidades narrativas, esta novela, que en lugar de sumar páginas las resta con sabia precisión y savia poética, cumple el doble cometido de la reparación moral de esas víctimas sin nombre y la dignificación de una enfermedad mental que por años fue tabú, pero que ante su alta incidencia cercana a la epidemia y, pese a los avances de la neurociencia, se ha vuelto paisaje para muchos médicos tratantes y pesadilla para las familias cuidadoras. En busca de balance, aparecen seres compasivos y empáticos que ayudan a sobrellevar este drama, como dice Amalia a manera de apotegma: “La compasión más auténtica es la de los desconocidos” (p. 12).

Desde su experiencia, la autora registra el proceso de deterioro cognitivo de la psicóloga clínica Elena Durán para exaltar la paradoja, al tiempo que recuerda su vida como profesional, como madre soltera, como mujer independiente que supo amar sin perder su libertad. Así, cuando deja de bañarse y de arreglarse, cuando apenas quedan asomos de su vanidad, se superpone la imagen de la mujer bella y elegante que devuelven las fotografías y los recuerdos de su hija narradora. Si bien la verosimilitud se resquebraja un poco ante la sorpresa de Amalia al descubrir la caja de dientes de su madre – observación que no se le escaparía en la rutina de su oficio –, nada enturbia la prosa ni la hondura de este relato bello y triplemente lapidario sobre el olvido, la memoria y la muerte.

Y por esos giros crueles del destino no ajenos a la sustancia narrativa, en febrero de 2022 Marcela Villegas sucumbió al cáncer, que combatió durante años mientras escribía esta novela y su libro de cuentos *La conmoción de los encuentros* (2021). Paz en su nicho.

Maryluz Vallejo